

de Londres las 200,000 libras esterlinas que debian recibir los escoceses antes de su partida; Skippon mandaba la escolta, y dió por órden del dia á sus soldados que seria severamente castigado el que diese el menor motivo de queja á algun oficial ó soldado escocés. El convoy entró en York el 1.º de enero de 1647 al estampido del cañon de la plaza que celebraba su llegada, y tres semanas despues los escoceses recibieron en North-Allerton su primer pago.

No se pronunció el nombre del rey en los actos de esta negociacion; pero ocho dias despues de haberse firmado el tratado, las dos cámaras votaron que seria conducido al castillo de Holmby en el condado de Northampton. Tratóse en la cámara baja sobre si se enviarian comisionados á Newcastle para recibir solemnemente al rey, ó si le recibiria Skippon sin ceremonia al tiempo que le entregasen las llaves de la ciudad y el recibo de las 200,000 libras esterlinas. Los independientes insistian vivamente en lo último, alegres con la idea de humillar á un mismo tiempo al rey y á sus rivales; pero los presbiterianos triunfaron, y el 12 de enero, nueve comisionados, los tres lores y los seis diputados del pueblo, partieron de Londres con séquito numeroso para ir á tomar respetuosa posesion de su soberano.

Jugaba Carlos al ajedrez cuando supo lo determinado por las cámaras y su próxima traslacion al castillo de Holmby: acabó sosegadamente la partida, y se contentó con responder que á la llegada de los comisionados les haria conocer su voluntad. Sin embargo, cada vez era mayor la inquietud que dominaba en torno suyo; sus amigos y servidores le buscaban por todas partes socorros y refugio, ora meditando la fuga, ora incitando en distintos puntos nuevas sublevaciones. El pueblo mismo empezaba á condolerse de su situacion. Un ministro escocés, predicando delante de él en Newcastle, señaló á sus oyentes para que lo repitiesen á coro el salmo 51 que empieza asi: «¿Tirano, como te glorificas en tu maldad, y te envaneces de tus iniquidades?» Pero el rey, levantándose de repente, entonó en vez de este versiculo el del salmo 56 que dice: «Dios mio, tened piedad de mí, porque mis enemigos me atormentan, y son muchos los que me hacen la guerra;» todos los concurrentes recitaron con entusiasmo ese salmo: pero, ah! ¡cuán tardía é impotente es la piedad del pueblo!

Los comisionados llegaron á Newcastle: el parlamento de Escocia habia consentido oficialmente en entregar al rey. «Me venden y me compran,» dijo al saberlo. Sin embargo recibió bien á los comisionados,

habló alegremente con ellos, felicitó á lord Pembroke por haber podido á su edad y en estacion tan cruel hacer tan largo viaje, se informó del estado de los caminos, é hizo traslucir en fin que no sentia acercarse al parlamento. Los comisionados escoceses hicieron la vispera de su partida



LUDLOW.

otra tentativa en favor del pacto: «Si el rey lo adopta, decian, en vez de entregarle á los ingleses lo llevaremos á Berwick, y obtendremos para él condiciones razonables.» Aun mas: ofrecieron á Montreuil, que les servia siempre de intermediario, una fuerte suma como pudiese obtener solamente del rey una simple promesa. Carlos insistió en su negativa,







los pueblos. Ya no venia esta esposicion firmada por algunos oficiales, sino en nombre de los oficiales y soldados; y ya no se dirigia á las cámaras, sino á Fairfax, intérprete natural del ejército y defensor de sus derechos. Leíase el proyecto al frente de los regimientos, y se amenazaba á los oficiales que rehusaban firmarlo.

Al primer rumor de tales intenciones, mandaron las cámaras á Fairfax que procurase enfrenarlas, declarando que cualquiera que persistiese seria considerado como enemigo del Estado y perturbador del reposo público, y exigiendo además que algunos oficiales viniesen á dar esplicaciones.

Fairfax respondió que obedecería: Hammond, Pride, Lilburne y Grimes pasaron á Westminster, y negaron altamente los hechos de que eran acusados: «Es falso, dijo Pride, que el proyecto de peticion se haya leído á la cabeza del regimiento.» Solo en efecto se habia leído á la cabeza de cada compañía; pero no se insistió mas, contentándose con que fuese abandonado y aun negado el proyecto.

Volvióse á los preparativos del licenciamiento; era cosa larga á par que insuficiente el empréstito abierto en la Cité, y para suplir á él se estableció un subsidio de 60,000 libras esterlinas mensuales. Se activó la formacion de los cuerpos destinados á Irlanda; se prometieron grandes ventajas á los que entrasen en ellos; se nombró para mandarlos á Skippon y á Massey; y pasaron al ejército para anunciar estas resoluciones cinco comisionados pertenecientes todos al partido presbiteriano.

El mismo dia de su llegada tuvieron con ellos una conferencia doscientos oficiales reunidos en casa de Fairfax: «¿Quién nos mandará en Irlanda? preguntó Lamberto.—Están nombrados los mayores generales Skippon y Massey.—El ejército, observó Hammond, seguirá gustoso al mayor general Skippon, pues conoce el mérito de este gran soldado; pero junto á él necesitamos ver tambien á otros oficiales generales que tenemos probados.—Si, esclamaron todos; vengan Fairfax y Cromwell, y nadie dejará de seguirlos.» Atónitos los comisionados, salieron de la sala, invitando á los oficiales de recta intencion que pasasen á su domicilio. Unos doce ó quince correspondieron apenas á esta invitacion.

Algunos dias despues, ciento cuarenta y uno oficiales, dirigieron á las cámaras una justificacion solemne de su conducta: «Por ser soldados, decian, no hemos dejado de ser ciudadanos; aun mas, defendiendo las libertades de nuestro país, no es posible que solo nosotros seamos los esclavos; á pesar de eso, son desechadas y prohibidas nuestras peticiones,

mientras se reciben y se provocan las que de diferentes condados están llegando contra nosotros. Se nos trata de enemigos del Estado: pero nosotros esperamos que será desmentida esta acusacion, y que antes de licenciarnos se nos concederán para nuestra seguridad personal y para nuestros atrasos las garantías que necesitamos.»

No bien habia concluido la lectura de esta carta cuando se levantó Skippon y presentó otra que el dia antes le habian entregado tres simples soldados: ocho regimientos de caballeria se negaban espresamente á servir en Irlanda: «Lazo infame, decian, y puro pretexto para separar á los soldados de los oficiales á quienes aman, y para encubrir la ambicion de algunos hombres que no reparan en constituirse tiranos.» A este ataque personal sorprendidos á la vez é irritados los jefes presbiterianos, pidieron que la cámara hiciese comparecer é interrogase á los tres soldados. Presentáronse con entereza: «¿Dónde se ha deliberado esta esposicion? les preguntó el presidente.—En reunion de regimientos.—¿Quién la ha redactado?—Un consejo de agentes nombrados por cada regimiento.—¿La han aprobado vuestros oficiales?—Muy pocos están enterados de ello.—¿Sabéis que solo los realistas pueden haber provocado tal paso? ¿Vosotros mismos, habeis pertenecido tal vez á ese partido?—Entramos á servir al parlamento antes de la batalla de Edge-Hill, y desde entonces nunca lo hemos abandonado.» Uno de los tres se adelantó diciendo: «Recibí cierto dia cinco heridas y caí; lo vió el mayor general Skippon, se acercó y me dió cinco chelines para procurarme algunos socorros: el mayor general podrá decir si miento.—Es verdad, dijo Skippon mirando con interés al soldado; pero ¿qué significa esta frase en que hablais de la tiranía?—No somos mas que los agentes de nuestros regimientos; si la cámara nos da sus preguntas por escrito, las presentaremos, y volveremos despues con la respuesta.»

Estalló en la cámara un violento tumulto, y los presbiterianos se deshacian en amenazas. Cromwell se inclinó hácia Ludlow que estaba sentado á su lado: «Esos hombres, le dijo, no tendrán sosiego hasta que el ejército les dé el portante.»

En breve degeneró la cólera en viva inquietud: se acababan de hacer descubrimientos bien tristes: ya no se trataba de reprimir tropas descontentas; el ejército en masa se mancomunaba, y se erigia en poder independiente y rival tal vez de su propio gobierno. Dos consejos, compuesto uno de oficiales, y otro de agentes nombrados por los soldados, lo coordinaban todo y se apresuraban á negociar en su nombre. Todo esta-



ba previsto para sostener esta organizacion naciente; cada esquadron, cada compañía nombraba sus representantes; en cuanto era necesaria su reunion cada soldado daba ocho sueldos para ocurrir á los gastos, y ambos consejos debian obrar de concierto. Al propio tiempo corrió no sin fundamento la voz de que el rey habia recibido proposiciones del ejército en que al parecer se le ofrecia restituírle á sus derechos si se entregaba á él (1). En el seno mismo de las cámaras, á vista de este nuevo poder, y temiendo su pujanza aun mas que su triunfo, se presentaban tímidos los prudentes; estos se alejaban de Lóndres, y otros, como Whitelocke, se acercaban á Cromwell, que se apresuraba á recibirlos. Se resolvió hacer uso de la benignidad, y emplear en el ejército á los jefes populares. Se prometieron dos meses de sueldo, en vez de seis semanas como se habia decretado á las tropas que debian licenciarse; se redactó un decreto de amnistía general para todos los desórdenes y actos ilegales cometidos durante la guerra y se señaló finalmente un fondo para socorro de las viudas y de los huérfanos de los soldados. Cromwell, Ireton, Skippon, Fleetwood y demás generales miembros del parlamento que eran bien quistos del ejército, recibieron encargo de restablecer entre él y las cámaras la necesaria armonía.

Trascurrieron quince dias sin que pareciese producir ningun efecto su presencia en el cuartel general. Escribian frecuentemente, pero nada decian sus cartas: ora el consejo de oficiales habia rehusado responder sin el concurso de los agentes, ora estos pedian tiempo para consultar con los soldados. Diariamente, á vista de los comisionados del parlamento, tomaba mas consistencia y poder ese gobierno enemigo. Cromwell entre tanto no cesaba de escribir que en vano hacia esfuerzos para apaciguar el ejército, que su crédito padecia mucho, y que no tardaria en hacerse sospechoso y tal vez aborrecible á los soldados. Algunos comisionados volvieron por último á Lóndres con la misma respuesta.

Asi lo esperaban los jefes presbiterianos, y aprovechando la irritacion de la cámara, que hasta entonces habia querido contemporizar, obtuvieron en pocas horas unas resoluciones enérgicas. Sobre una mocion de Hollis se votó que fuesen inmediatamente licenciadas las tropas que no quisiesen pasar á Irlanda; y hasta se señaló dia y lugar para la ejecucion de esta medida. Los cuerpos debian ser disueltos aisladamente, cada uno en sus cuarteles, y casi simultáneamente, para que no tuviesen lugar de man-

(1) Se le hicieron efectivamente proposiciones, mas no contestó.

comunarse y reunirse. Se facilitó el dinero necesario para los primeros actos de esta operacion, y partieron comisionados presbiterianos para activarla.

Encontraron estos el ejército en el mas violento desorden: muchos eran los regimientos que al tener noticia del golpe que les amenazaba se habian sublevado: unos se habian separado de sus oficiales y á banderas desplegadas salian al encuentro de sus camaradas; otros se fortificaban en los templos, declarando que no los abandonarían; algunos se habian apoderado del dinero destinado al licenciamiento y todos pedian á gritos una reunion general en que pudiese hacerse oír todo el ejército. Al instante se dirigió á Fairfax un manifiesto en nombre de los soldados, declarando que si sus oficiales se negaban á conducirlos, sabrían bien reunirse sin ellos y defender sus derechos. Turbado el general exhortaba á los jefes, escuchaba á los soldados, y escribia al parlamento, sincero é impotente con todos los partidos, tan incapaz de renunciar á la popularidad como de ejercer el poder. Reunió en fin un consejo de guerra, y todos los oficiales, á escepcion de seis, votaron que las resoluciones de las cámaras no eran satisfactorias, que el ejército no podia disolverse sin obtener mas seguras garantías y que era necesario reunir todas las tropas para calmar los ánimos, é informar de todo al parlamento mediante una representacion sumisa.

Nadie podia ya hacerse ilusion: las cámaras no se bastaban á si mismas despues de tal desprecio de su autoridad; necesitaban contra semejante enemigo otra fuerza que su nombre, otro apoyo que la ley, y este solo podian darle el rey de una parte, y de otra la capital, siempre presbiteriana y dispuesta á ser realista. Habianse tomado ya algunas medidas bajo este aspecto; quitóse el mando de la milicia al partido independiente y se confirió á una junta presbiteriana; colocóse una guardia mas numerosa á la puerta de las cámaras; se señalaron 12,000 libras esterlinas mas para sus gastos; y recorrian por la capital los restos leales del ejército de Essex. Este general habia muerto casi repentinamente al volver de una cacería, y cuando se preparaba á intervenir en favor de la paz: su pérdida se consideró como golpe tan funesto entre los presbiterianos que promovieron cargos de envenenamiento contra sus enemigos. A pesar de esto, Waller, Poyntz y Massey estaban prontos á declararse.

Tocante al rey eran de temer sus disposiciones menos favorables; dos veces se le habia rehusado con encono teológico el servicio de sus



capellanes; dos ministros presbiterianos celebraban solemnemente su culto en Holmby, á pesar de que Carlos rehusaba asistir á sus ceremonias; habian alejado de su persona á sus mas íntimos domésticos con objeto de reprimir toda tentativa de correspondencia con su mujer, sus hijos ó sus amigos; apenas pudo obtener permiso de conversar con él uno de los comisionados del parlamento de Escocia: en fin, á pesar de que habia dirigido hacia quince dias á las cámaras una respuesta detallada á las proposiciones que habia recibido en Newcastle, aun no se habia tomado en consideracion. Dificil pues parecia una alianza despues de tan importunos rigores. Era sin embargo urgente la necesidad, y si bien el rey podia quejarse de los presbiterianos, sabia sin embargo que estos no deseaban su ruina. En Holmby se le rendian los honores acostumbrados á la majestad: su morada era magnífica, y el ceremonial de la córte se guardaba estrictamente; los comisionados presbiterianos no le faltaban en nada al respeto, y vivian con él en armonía; ora les invitaba él el rey á acompañarle á paseo, ora jugaba con ellos al ajedrez, y nunca desdeñaba su conversacion.

Seguramente no podia desconocer que los enemigos de las cámaras lo eran tambien suyos, ni le era por lo tanto posible desechar el único medio de salvacion que le quedaba. Los lores votaron que se invitase á S. M. á venir á residir mas cerca de Lóndres en su castillo de Oatlands; los diputados del pueblo no se mezclaron en ese asunto, pero dejaron entrever los mismos deseos; se activó secretamente la correspondencia con los comisionados que guardaban al rey, sobre todo con Greaves, comandante de la guarnicion. Hablábase ya en Westminster y en la ciudad de que el rey se uniría pronto al parlamento, cuando de repente llegó el 14 de junio la noticia de que la vispera habia sido arrebatado de Holmby por un destacamento de 700 hombres, y que el ejército lo tenia en su poder.

En efecto el 2 de junio habia salido con los comisionados hasta dos millas de Holmby, cuando repararon estos á un desconocido que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax. El coronel Greaves le preguntó quien era, de donde venia, y que se hacia en el ejército, á lo que contestó con cierta arrogancia el desconocido. Pronto se oyó la voz de que se dirigia sobre Holmby un cuerpo numeroso de caballería: «¿Habeis oido hablar de esto? dijo Greaves al desconocido.—Algo mas; los vi ayer junto á este sitio.»

Alarmada la comitiva se volvió á Holmby; se tomaron disposicio-

nes para resistir un ataque, y la guarnicion prometió ser fiel al parlamento. A media noche llegó un cuerpo de caballería y pidió que se le franquease la entrada. «¿Quién es el comandante? preguntaron los comisionados.—Todos mandan, fue la respuesta.» Sin embargo se adelantó un hombre, el desconocido que habian encontrado, y dijo: «Me llamo Joyce, soy corneta de los guias del general, y tengo que hablar al rey.—¿De parte de quién?—De la mia. (Los comisionados se echaron á reir.) No hay que reir, señores; no he venido para que me digais lo que tengo que hacer: quiero ver al instante al rey.» Greaves y el mayor-general Brown mandaron á la guarnicion que se preparase para hacer fuego; pero los soldados habian hablado ya con los recién-venidos; se abrian las puertas; los invasores se hallaban en el patio del castillo, dando la mano á sus camaradas y diciéndoles que querian poner en seguridad al rey; que habia una conspiracion para conducirlo á Lóndres, levantar nuevas tropas, y promover otra guerra civil: el comandante del castillo, añadian, estaba dispuesto á llevar á cabo la traicion. A estas palabras exclamaron los soldados que no se separarian del ejército; Greaves se fugó. Al cabo de algunas horas conocieron los comisionados que no habia esperanza de poder resistir. En esto llegó el medio dia: Joyce tomó posesion del castillo, colocó centinelas, y se retiró hasta la noche para dar algun descanso á sus tropas.

Volvió á las diez, pidiendo que le permitiesen ver al rey. «Está acostado, le respondieron.—No importa, es ya demasiado esperar, y quiero verle;» y con una pistola en la mano se hizo conducir al aposento del monarca. «Siento mucho, dijo á los gentil-hombres de servicio, tener que turbar el sueño de S. M.; pero es preciso de todos modos que yo le hable al instante.» Se le preguntó si tenia autorizacion de los comisionados «No tal; he colocado centinelas á sus puertas, y los que me han dado órdenes no los temen.» Se le dijo que dejase sus armas, y se negó. Vacilaban en abrirle, y se enfureció. Al ruido despertó Carlos, llamó, y mandó que se lo introdujesen. Joyce entró con sombrero en mano, y la pistola baja, con aire de resolucion, pero sin descarar. En presencia de los comisionados á quienes hizo llamar, tuvo Carlos con él una larga conferencia, y al fin le despidió diciéndole: «Hasta mañana Joyce; gustoso os seguiré mañana si vuestros soldados confirman cuanto me habeis asegurado.»

Al dia siguiente á las seis de la mañana estaba ya alineada la tropa de Joyce en el patio del castillo. El rey se presentó en lo alto de la esca-